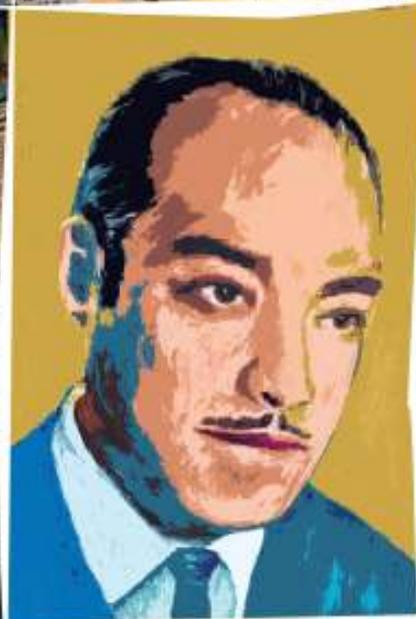


CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA "NÚCLEO DE IMBABURA"

Marco Antonio Rodríguez



Jorge Carrera Andrade
y su poesía de hueso, tierra y tiempo

Marco Antonio Rodríguez

Jorge Carrera Andrade
y su poesía de hueso, tierra
y tiempo

Colección TAHUANDO N° 268

Ibarra, 2019



Marco Antonio Rodríguez

**Casa de la Cultura Ecuatoriana "Benjamín Carrión"
Núcleo de Imbabura**

Luis Fernando Revelo C.
DIRECTOR

Jorge Carrera Andrade y su poesía de hueso, tierra y tiempo
© Marco Antonio Rodríguez

Colección: "TAHUANDO" N° 268
Portada: Fotoilustración de Jorge Carrera Andrade
Coordinación general: Marcelo Valdospinos Rubio
Diseño: Julio Flores Ruiz

1ª edición, 20 de enero de 2019
Impresión, Studio21
Quito-Ecuador

UN SENCILLO LIMINAR

Jorge Carrera Andrade, sombra vestida y polvo caminante

Luis Fernando Revelo C.

De mis años de vida estudiantil secundaria, viene a la memoria mi maestra de literatura, Silvia Vaca de Chávez, cuando en el reajuste de la programación académica anual, al abordar la literatura ecuatoriana, dada la premura del tiempo, quedaría como fuente de consulta el estudio de la obra de Jorge Carrera Andrade. Al hurgar las páginas de los libros, me di cuenta de que estudiaba a una de las luminarias más excelsas de la literatura, a aquel hombre que hizo de su vida un canto sentido y armonioso, un torbellino de notas y de rimas, a aquel hombre que solía autocalificarse como “Juan sin cielo”, “Juan de todos”, “Habitante de la tierra”, “Sombra vestida”, “Polvo caminante”, porque fue un viajero incansable, surcador de mares lejanos. En cada sitio donde se afincaba supo plantar su lírica bandera de cielo perdurable.

Jorge Carrera Andrade pertenece a la cepa auténticamente quiteña, que vio su primera luz en los albores del siglo XX, catalogado como uno de los poetas más sobresalientes del siglo en todo el mundo. De su numen brotó “Biografía para uso de los pájaros”, para relieves:

“Nací en el siglo de la defunción de la rosa
cuando el motor ya había ahuyentado a los ángeles.
Quito veía andar la última diligencia
y a su paso corrían en buen orden los árboles,
las cercas y las casas de las nuevas parroquias,
en el umbral del campo
donde las lentas vacas rumiaban el silencio
y el viento espoleaba sus ligeros caballos...”.

Cuando habla de su “Lugar de origen”, subraya:

“Yo vengo de la tierra donde la chirimoya,
talega de brocado, con su envoltura impide
que gotee el dulzor de su nieve redonda,
y donde el aguacate de verde piel pulida
en su clausura oval, en secreto elabora
su sustancia de flores, de venas y de climas.
Tierra que nutre pájaros aprendices de idiomas,
plantas que dan, cocidas, la muerte o el amor
o la magia del sueño, o la fuerza dichosa,
animalitos tiernos de alimento y pereza,
insectillos de carne vegetal y de música
o de luz mineral o pétalos que vuelan...”

Carrera Andrade vivió en permanente olor de poesía. Jamás abandonó su mansedumbre y su patética ternura por lo rural. Cantó a los pájaros que otean nuevos horizontes, a los humildes jumentos, que tras el tráfigo cotidiano pacen tranquilos su doble ración de heno, a las cigarras, a los colibríes, a los caracoles, a las golondrinas, a los venados, al

paisaje agreste, a la ventana, como imagen de la más prístina soledad. Ya en la edad proveya supo exclamar: “Nada he hecho... Solo he recogido los ecos del mundo, los rumores de los pueblos y de los ríos, a través de los cuales he creído escuchar el canto terrestre, melancólico e inconfundible de mi Ecuador natal”.

A este lírico multifacético, torrencial, dotado de un espíritu acervo de virtudes, cúmulo de fuerzas creadoras, solo pocos ecuatorianos conocemos de su cuantiosa obra. Las generaciones actuales desconocen su enorme aporte y tienen que comprender que: “No todo lo viejo es malo, ni todo lo bueno es nuevo”. Hay una deuda pendiente que tiene nuestro país con Jorge Carrera Andrade. El Núcleo de mi dirección quiere saldar, de alguna manera, esta deuda, tributándole un homenaje nacional, a esta figura cimera de nuestra literatura, con la publicación de este opúsculo que ensalza la personalidad y la obra de quien, armado de su lira, como de un broquel invulnerable, cruzó los umbrales de esta vida perecedera hace 41 años.

La ágil y castiza pluma, buida de talento y erudición del Dr. Marco Antonio Rodríguez, expresidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana y renombrado escritor, será la encargada de pergeñar este noble cometido de quien ha sido considerado Caballero del Parnaso.

Mis expresivas frases de gratitud para el Dr. Marco Antonio, el amigo de siempre por su constante colaboración con el Núcleo y el agradecimiento al Prof. Marcelo Valdospinos Rubio por prestar su contingente para rendir pleitesía al noble y amable gonfaloniero de la lírica ecuatoriana, Jorge Carrera Andrade.



DON JORGE

Marco Antonio Rodríguez

Memoria

“Palabra:/ que seas.../ Celdilla de abeja:/ encierra/ la vida.../ Sé espejo.../ O cuerno/ de caza:/ levanta/ los ciervos/ del alma.../ Exacta/ medida/ del mundo: Palabra”. Así invocaba a la palabra Jorge Carrera Andrade, uno de los grandes poetas hispanoamericanos del siglo XX. La palabra: alfa y omega del ser humano, violación del tiempo. “Eternidad, te busco en cada cosa:/ en la piedra quemada por los siglos/ en el árbol que muere y que renace,/ en el río que corre/ sin volver atrás nunca”.

“Par de Gabriela Mistral, Pablo Neruda, Octavio Paz o Nicolás Guillén...”, lo señaló Claude Couffon.

Palabras: nunca astros inanimados, luz peregrina. La metáfora como instrumento de alumbramiento del mundo. La proposición lírica de Carrera Andrade está inserta en su obra, no la antecede, tampoco está en sus afueras. Continente de soledades y sosiegos. Claridad y rotundidad. Vidas. Amores. Olvidos. Geografía del ser en la cautividad del mundo. Hueso, tierra y tiempo: la poesía de don Jorge.

Así lo nombrábamos, su sobrino Marcelo y yo, cuando venía a visitar su “lugar de origen”, en el corazón de Quito,

donde se hallaba su casa familiar. Don Jorge nos lucía otro volcán Pichincha, tal era su porte; en distinta visión, lo creíamos venido de otro planeta (por esos tiempos corrían inacabables rumores de visitas extraterrestres).

Sus trajes –azules o grises, camisas blancas, mancuernillas centelleantes, zapatos de charol– nos deslumbraban. Levantábamos a verle y, turbados, hallábamos un rostro adusto, atareado en su vestir o hurgando en los centenares de libros que atiborraban su habitación.

“Poeta universal”, lo designaron en América y Europa. Nuestro irredimible complejo de inferioridad, más la pauperización de nuestros sistemas educacionales y culturales, conducidos a extremos por los tecnócratas de la “revolución ciudadana”, son responsables de su olvido. ¿Cuántos ecuatorianos han leído su obra?

Sus *Microgramas*: haikus rebosantes de savia andina. La iluminada mirada del poeta vivifica los seres y las cosas más nimias y, en acto de sortilegio, encelda sus esencias. “Nuez: sabiduría comprimida,/ diminuta tortuga vegetal,/ cerebro de duende”.

Infatigable caminante de él mismo y del mundo, su poesía fue irguiéndose como un árbol gigante en el mundo. “La ciencia jovial del viejo Carrera Andrade”, escribió Iván Carraval –poeta y ensayista de lo más encumbrado de su generación–; de su “ciencia jovial” devienen sus enigmas y certezas: “Amor, no te esperaba tan tarde: Las bujías/ se extinguieron en lágrimas ardientes./ Solo un ascua relumbra en las cenizas,/ corazón en espera de la muerte”.

Pienso en la estatua de Néstor Kirchner, arquetipo del gansterismo político. ¿Reemplazarla por una de Carrera

Andrade? Los poetas no necesitan monumentos, sí ser leídos. ¿Será posible un gobierno que disemine bibliotecas y funde un sistema para que los ecuatorianos leamos más del medio libro por año para alejarnos de la abyección que parece condenarnos?

El material escrito hasta aquí fue publicado en el diario *El Comercio* hace poco. Título “Memoria” a este primer subtítulo, para cumplir con deberes pendientes. Mi vinculación con *El Comercio* siempre fue grata. Con anchura de espíritu, José Alfredo Llerena y Humberto Vacas Gómez auspiciaron la publicación de mi primer artículo sobre la poesía de mi profesor de literatura Manuel Zabala Ruiz, por los cincuenta del siglo que dejamos (se trataba de un adehesio, pero ellos apostaron por mí); luego, fue Guadalupe Mantilla de Acquaviva quien me llamó en varias ocasiones para que colaborara en su diario y desde hace tres años por convocación generosa de Marco Arauz.

En lo que atañe al poeta, evoqué a su sobrino Marcelo Carrera Andrade –su preferido–. Fue mi compañero de escuela, colegio y juventud. Gracias a él visitaba con frecuencia la casa de los Carrera Andrade, muy cercana a la de mis ancestros; por él conocí la soberbia figura tallada en barro americano de su tío.

Y al cerrar esta “Memoria”: mi reconocimiento a quienes hacen la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo de Imbabura, a sus lúcidos y nobles directivos que han tenido la histórica iniciativa de organizar un homenaje al poeta Carrera Andrade. La gratitud quizás no sea el valor humano más importante, pero sí una suerte de progenitor de todos los demás.

Poesía, ¿y eso qué es?

“La poesía –clama Aldo Peregrini– no es más que esa violenta necesidad de afirmar su ser que impulsa al hombre: se opone a la voluntad de no ser en los otros que se manifiesta en quienes ejercen el poder. Solo los inocentes, que tienen el hábito del fuego purificador, que tienen dedos ardientes, pueden abrir esa puerta y por ella penetrar en la realidad. La poesía pretende cumplir la tarea de que este mundo no sea solo habitable por los imbéciles que detentan el poder en todas sus formas”.

De las centenas de aproximaciones a una definición de poesía escogí esta, por ser, acaso, la más dura y acerba, pero oportuna para el tiempo que vivimos. Clamor y verdad. En la era de la inteligencia artificial y la robótica, de las redes y las nubes, de los matrimonios holísticos, de Internet y el realismo virtual, y la plaga de populismos que azotan a la humanidad siglo XXI, me pregunto qué es la poesía. Carezco de respuesta, pero hasta cuando dejo de leer y escribir –períodos cortos por fortuna–, no falta una estrofa de un poema, un destello de esa argamasa luminosa o siquiera un verso que bulle en mi ser, que sea entresacado del acervo de libros que me acompañan o ya leídos antes, desde que comencé a leer y se impregnaron en mí para siempre.

Biografía mínima

Don Jorge nació en Quito, en 1903. Sus estudios primarios los cumplió en el pensionado Borja Número 1 y los secundarios en el colegio Nacional Mejía. En ese espacio, junto a Augusto Arias y a Gonzalo Escudero, fundó varias revistas, entre ellas, *Crepúsculo*. Estudiante de Derecho de la

Universidad Central, integró el grupo de izquierda Renovación. Por esos mismos años, se convirtió en uno de los organizadores del Partido Socialista y, en 1925, a sus 22 años, fue designado secretario de su Primer Congreso. En esa calidad viajó a Moscú. Conoció a César Vallejo, Manuel Ugarte, Vasconcelos, a Gabriela Mistral, la Premio Nobel chilena que admiró desde siempre la poética del ecuatoriano. Estudió también Filosofía y Letras.

Regresó a Quito en 1933, luego de haber publicado *Boletines de mar y tierra* con prólogo de Mistral. Sus compañeros de escuela y colegio y un grupo de jóvenes le propusieron crear un partido político con el nombre Pan, Tierra y Alfabeto. El proyecto no se concretó y el poeta –alto, apacible, tímido, lector voraz: su madre labró en él el santo oficio de la lectura– fue durante un año profesor de literatura del colegio Mejía, antes de que el Ministerio de Relaciones Exteriores lo llamara para iniciar su dilatado ejercicio diplomático. Japón, Inglaterra, Francia, Estados Unidos, China, Alemania, Colombia, Nicaragua, entre otros países, tuvieron como nuestro representante al gran poeta.

Inciso histórico

Cito, aunque no en su literalidad, una conversación que mantuve con Galo René Pérez, luego de la muerte del poeta en 1978 del siglo que dejamos. El mayor poeta que Ecuador ha dado a América y al mundo regresó a su “lugar de origen” en 1975, enfermo y pobre. Lo habían detenido sus haberes de diplomático por varios decenios en París. Galo René se preocupó de conseguirle un pequeño departamento en una casa cercana a la Casa de la Cultura Ecuatoriana

y lo nombró director de la Biblioteca Nacional. Nadie visitaba al poeta –refería Galo René–. Se lo veía, eso sí, puntual y pulcro, salir todas las mañanas de su austera morada e ir a pie a la Biblioteca Nacional, situada en San Blas. Vida de anacoreta con escasos medios para sobrevivir.

“Te hallas en todas partes, soledad,/ única patria humana,/ Todos sus habitantes llevamos en el pecho/ extendido tu gris, inmensurable mapa”: de su poema *Soledad deshabitada*. Carrera Andrade, el poeta trashumante que viajó por todo el mundo y estuvo acompañado siempre, murió en solitario –¿quién no?–. El 7 de noviembre de 1978 se conoció la noticia de su muerte. Sus vecinos hallaron su cuerpo en descomposición, alarmados por el fuerte olor que emanaba su reducida estancia. Una veintena de personas asistieron a su entierro.

El contexto histórico

Soy de quienes creen que la poesía ecuatoriana nace en el siglo XX con la llamada Generación Decapitada, es decir, con el movimiento modernista. Imposible negar que hubo poetas destacados antes de este tiempo, pero acaso sean muy escasos aquellos con voz genuina y de raíz americana; salvo la de Olmedo y Dolores Veintimilla de Galindo, pero no es ético negar la trascendencia de los cuatro volúmenes sobre literatura ecuatoriana del siglo XIX del sabio Hernán Rodríguez Castelo, obra en la cual erige un poderoso estudio sobre la abundante literatura nacional de ese siglo.

Lo que acontece es que, recién a partir de los albores del siglo XX, Ecuador empieza a abrirse al mundo. Las grandes vertientes de la literatura universal apenas lograron

modestas muestras de escritores antes de ese tiempo. Inaugurado el siglo XX, los jóvenes poetas no solo asimilan las sustancias de la modernidad, sino que algunos viajan a Europa y se enriquecen con vivencias únicas, bajo la bohemia y prodigiosa luz de París. ¿Cuál era el Ecuador que sembró el modernismo? Durante el Gobierno de Gabriel García Moreno, nuestro país experimentó una primera inserción en la modernidad. Se afianzó en el mercado mundial como exportador de cacao y sus instituciones se establecieron a fuerza de su autoritarismo.

Las familias propietarias fundaron clanes y se abroquelaron mediante estrategias de control sobre sus bienes. Desplegaron nuevos negocios con base al cacao, comercios, aseguradoras, banca; gracias a este acervo de poder, cimentado en el capital, ampliaron ilimitadamente su influencia. Este proceso de modernización generó el acrecentamiento del mercado pero atrajo las apetencias liberales empeñadas en un desarrollo imparable; a la par, operó también en la profundización de las relaciones de dependencia en el trabajo agrícola y manufacturero, gestando el descontento popular frente a la política agraria y laboral. El cercamiento de tierras de resguardo, que debilitó a las comunidades campesinas, suscitó levantamientos. El de mayor resonancia fue el de Fernando Daquilema, en 1871, en la provincia del Chimborazo.

Como signo de la primera etapa modernizadora constan la exclusión de las clases populares de la riqueza cacaotera, vía expedita para exportar y acumular riqueza de los grupos cacaoteros de la Costa, añadiéndose fuertes innovaciones por la fundación de la bancocracia en Quito y

Guayaquil. El éxodo definitivo o por temporadas de las familias enriquecidas por el cacao, especialmente a París y Londres, es suficientemente conocido. A través de este, se erigió una burguesía consumidora ecuatoriana en Europa, que imitó modas, costumbres y lujos de toda índole y, en casos aislados, absorbieron sus vertientes culturales.

La Revolución liberal redujo el conflicto originado por la modernización del proyecto conservador de García Moreno. Eloy Alfaro representó para la burguesía comercial y exportadora la modernización del Estado: combatió con el pueblo para lograr un fuerte reduccionismo del poder de los terratenientes, logró el acceso al mercado de los pequeños productores y amplió el concepto de ciudadanía. La burguesía acató el liderazgo de Eloy Alfaro y, por consiguiente, la participación popular de la revolución.

Nacido en los albores del siglo XX, Carrera Andrade se impactó con las profundas reformas liberales: laicismo, que transformó la academia (escuelas, colegios y universidades); ingreso de las milicias pardas y campesinos indios, antes no reconocidos como sujetos políticos o como miembros de la "sociedad civil". Pero lo más trascendente de la Revolución liberal fue la enseñanza universal y pública, vedada a las clases medias que se tornaron en impulsoras de la modernidad.

No sería comprensible el modernismo en Ecuador sin referirnos a los legados de la Revolución liberal y a la Revolución juliana aunque esta fue más bien una eclosión social que instauró conquistas de las clases oprimidas y que no tuvo la contundencia de una revolución. De una u otra manera, la juliana enarboló el discurso socialista de los obreros. Estos cambios permitieron la aparición de nuevas

formas de asociación (socialización) de inspiración liberal. Los espacios para la pequeña burguesía en la Sierra estuvieron coligados al Estado y a la Universidad Central. En la ciudad avanzó la consolidación del Estado, la expansión de la prensa y la masificación de la modernidad en el espacio urbano. El sujeto urbano fue representado la mayoría de veces en las revistas literarias de principios de siglo, siendo estas las que difundieron el modernismo. La universidad vio surgir un proceso de división del trabajo intelectual del que se desprendieron el pensamiento sociológico, influido por el positivismo; la plástica se consolidó mediante la Escuela de Bellas Artes, y la literatura bregó por su autonomía desde una inicial Escuela de Estudios Literarios, y luego, desde las revistas impulsadas por el Círculo Modernista.

Libros de Carrera Andrade

Enumeraremos sus libros fundamentales. Poesía: *Estanque inefable*, *Rol de la manzana*, *La hora de las ventanas iluminadas*, *Biografía para uso de los pájaros*, *Registro del mundo*, *Aquí yace la espuma*, *Edades poéticas*, *Lugar de origen*, *Hombre planetario*, *Microgramas*, *El alba llama a su puerta*, *Familia de la noche*, *Vocación terrena*, *Misterios naturales*. (La enumeración no atiende ni a un concepto cronológico, ni a las etapas o edades del poeta que serán motivo de otro apartado y solo se han enumerado los fundamentales, así considerados por sus críticos).

En prosa: *Crónicas de Indias*, *Viajes por países y libros*, *Retrato cultural del Ecuador*, *Radiografía de la cultura ecuatoriana*, *Galería de místicos y de insurgentes*, entre otros. Aún no hay un estudio condigno de su ensayo, sus críticos

y estudiosos se han referido a su magna obra poética. Hace poco, editorial El Fakir preparó un proyecto titánico: tres tomos con la edición crítica de la poesía, con el trabajo de traducción del poeta y una anotación filológica con los cambios de sus poemas a lo largo del tiempo.

Viajó a Rusia como secretario del Primer Congreso del Socialismo Ecuatoriano y empezó un periplo sostenido e intenso por el mundo y a conocer escritores importantes. Considerado como uno de los grandes poetas del posmodernismo, su afán por la renovación de la lírica de los años treinta, su participación en la vanguardia, su excepcional y vasta obra literaria hacen de él uno de los valores más cimeros de la poesía de habla hispana.

Testigo del nuevo siglo tanto del Ecuador cuanto del mundo, absorbió con sabiduría y sensibilidad los episodios que emergieron en su camino. La inmolación de Eloy Alfaro, el nacimiento del Partido Socialista, la masacre de los trabajadores en Guayaquil, el populismo velasquista, en su patria. Las dos grandes conflagraciones mundiales, el fascismo, el estalinismo, y los indetenibles avances de la tecnología, fenómenos que transformaron el mundo.

Su obra

La poética de Carrera Andrade se despliega en torno de varios ejes. Los rodea, se rehúnde en ellos y, al emerger, comienza con denuedo la búsqueda de otros. Obra abundante, pero más, extensiva, puesto que exhibe el atributo de ir más allá. Más allá de las cosas que nos rodean, de sus raigalidades americanas, las mismas que “corren por mis arterias” (al decir del poeta), de la derrota del ser humano en su

denodado impulso por maquinizarse: “¿Qué haré yo sin mi angustia metafísica,/ sin mi dolencia azul? ¿qué harán los hombres/ ya nada sienten, mecanismos/ perfectos, uniformes?” O esto otro: “Todo puede crear la humana ciencia/ menos ese resorte del instinto/ o de la voluntad, menos la vida”. Premonición. El poeta es un augur por lo que presente o ve en horizonte desde su memoria atemporal.

Las cosas y el ser humano imbricados en el mundo por la historia. Cuando Carrera Andrade escribe sobre la soledad, no lo hace solo por la suya, sino por la de todos. *Soledad deshabitada* es uno de los poemas que mejor define y contiene su reflexión sobre esta. El poeta codicia descarnarla, despoblarla, ultimarla. Osadía y conjuración. Duelo con su inasible presencia y significado. “Cargada de desierto y de poniente –le dice– andas sobre al planeta, de viento disfrazada,/ llenando cuevas, parques, dormitorios/ y haciendo suspirar a las estatuas. / A tu trampa nos guías/ con tu lengua de pájaro o lengua de campana./ En tu red prisioneros para siempre,/ roemos el azul de tu infinita malla”. Veladuras evanescentes, juego de luces y penumbras impalpables, fuegos de artificio, con todo lo cual viste a la soledad, cuyo “gris, inmensurable mapa” llevamos en el pecho, extendido, por lo que, a la vez, es nuestra “única patria humana”. La soledad no solo es de él, es la de todos.

Las edades

La edad de los sentimientos. Adolescente e iniciando su juventud, Carrera Andrade empieza a publicar sujeto a los cánones modernistas. *El estanque inefable*, 1922, reúne sus primeros escauceos literarios, con notoria influencia de los

“poetas decapitados”. Nuestro poeta es asiduo colaborador de las revistas del Círculo Modernista Ecuatoriano, señala Gladys Valencia Sala. En uno de sus textos, desde una visión crítica, el poeta comenta la obra de Medardo Ángel Silva, a quien le atribuye una “obra opulenta”, refiriéndose a su libro *El árbol del bien y del mal*.

En *El estanque inefable*, nos habla de su cansancio semejante a un aroma de las vidas mínimas que nos rodean, los elementos hermanos que se han extinguido, y a los cuales no alcanzan nuestras manos, porque son como barcos en pleno naufragio. Pide que le dejen las uvas del reposo y quiere ver el aire azul, la vidriera que canta la emoción del viaje, el sendero de hierbas, la rústica hostería y su corazón ceñido por el laurel de la alegría. Pero esa honda fatiga lo extenua y confiesa que ya no podrá salir a pasear llevando a la ciudad su dolor oculto, “como a un niño que en lecho de paja se ha dormido”. Poemario que deja entrever al poeta de las cosas que llegará a su soberbia plenitud con *Microgramas* y otros libros.

La guirnalda del silencio, 1926. El poeta contempla las cosas, el ser humano y el mundo; no se represa en intimismos, sino que comienza a erigir una obra poderosa: la de un testigo del mundo y el tiempo que le tocó vivir. A ese mismo año pertenecen dos de sus poemas en los cuales se develiza su tendencia socialista: *Canto a Rusia* y *Lenin ha muerto*. El poeta empieza a mirar el mundo y sus cambios vertiginosos, y alude ya al progresismo insofrenable que Theodor Adorno llamó “industria cultural de masas”.

La poesía de Carrera Andrade constituye un mosaico de espejos donde se refleja un oscilante ejercicio –sabio, lúcido

y lúdico— entre el diarismo y la historicidad (genuinidad y factualidad de hechos y personajes). Memoria de “un hombre sin cielo”, como lo nombra una de sus estudiosas, acudiendo a su célebre poema “Juan sin cielo”. Caminante iluminado, saturado por una multiplicidad de escenarios y acontecimientos que conmovieron a la humanidad en el siglo XX. Testimonio del hombre asediado por la guerra y el poder en su descarnado rostro, pero también por sus propios desgarramientos existenciales que son también de todos los demás.

“Juan me llamo, Juan todos, habitante/ de la tierra, más bien su prisionero,/ sombra vestida, polvo caminante,/ el igual a los otros, Juan Cordero./... Mi hacienda era el espacio sin linderos/ —oh territorio azul siempre sembrado/ de maizales cargados de luceros—/ y el rebaño de nubes, mi ganado.../ Mercaderes de espejos, cazadores/ de ángeles llegaron con su espada/ y, a cambio de mi hacienda —mar de flores— me dieron abalorios, humo, nada.../ Es solo un peso azul lo que ha quedado/ sobre mis hombros, cúpula de hielo.../ Soy Juan y nada más, el desolado/ herido universal; soy Juan sin cielo”. El poeta esquivo localismos y sus desasosiegos, unimismándolos y universalizándolos.

En su primera edad, Carrera Andrade se ocupó de las cosas. Había la imperiosa necesidad de rescatarlas y bautizarlas, nombrándolas. Pero ese “ritual” tenía que darse en la pila bautismal de nuestro “ser nacional”, es decir, de nuestra americanidad. Sutileza visual y hondura anímica para penetrar en el ánimo de las cosas que están junto a nuestra mano, pero acaso por eso, no las tomamos nunca en cuenta. Captación de la hermosura de lo pequeño. Ceremonia y comunión con aquello que para otros ojos pasa desapercibido. Cordial,

entrañable, dialoga con el grillo, la nuez, el espantapájaros, la lagartija, el conejo o las chirimoyas...

Parvedad verbal, lenguaje coloquial, devoción por la imagen justa que, por su velada extrañeza, la enciende y engrandece. Vida del grillo: “Inválido desde siempre,/ ambula por el campo/ con sus muletas verdes./ Desde las cinco/ el chorro de la estrella/ llena el pequeño cántaro del grillo./ Trabajador, con las antenas hace/ cada día su pesca/ en los ríos del aire./ Por la noche, misántropo,/ cuelga en su casa de hierba/ la luz de su canto./ ¡Hoja enrollada y viva,/ la música del mundo/ conserve dentro escrita!” Ni sentimentalismo ni decorativismo. Insólita condensación de micromundos. Exaltación intensa de las pequeñas cosas.

Luego se abre a la edad de la imaginación y, por fin, a la edad de la inteligencia. Pero es el mismo poeta quien nos ilustra sobre cómo estas tres edades se enhebran a lo largo de su excepcional y exuberante poética. En su libro *Mi vida en poemas*, dice: “He intentado formar un registro de las realidades del mundo, visitas desde las ventanas de mi conciencia. Luego descubro mi condición de hombre planetario. Ya no me basta la solidaridad con todas las cosas de la tierra, sino que ese sentimiento lo extiendo a todos los hombres de todas las razas, en un impulso de unidad universal. Del hombre geográfico que fui en mi juventud, me transformé paulatinamente en un ser de profundidades: en un ser filósofo y un ser histórico”. El poeta abdica del virtuosismo lingüístico y de lo que él mismo verifica en parte de su poesía de juventud: del “confuso sueño surrealista”, y desde sus raíces ancestrales, erige con magnificencia su universo, fundiéndolo con elementos de todas las latitudes y los hombres “de todos los climas”.

Carrera Andrade, amigo de las cosas, de su suelo y de los seres humanos de todo el mundo, se convierte en registrador del universo mediante sus “boletines de viajes”, pero siempre le hace falta más y, por eso, se abisma en el insondable corazón del ser humano. Abre la ventana de lo trascendente escuchando la llamada del alba y sondea en la eternidad. Antes ya había averiguado a fondo sobre el ser y la identidad. Perplejidad más que incertidumbre, dilema basado en su camino sin finales.

“Yo vengo de la tierra donde la chirimoya,/ talega de brocado, con su envoltura impide/ que gotee el dulzor de su nieve redonda,/ y donde el aguacate de verde piel pulida/ en su clausura oval, en secreto elabora/ su sustancia de flores, de venas y de climas./ ... Capulí, la cereza del indio interandino,/ codorniz, armadillo cazador, dura penca/ al fuego condenada o a ser red o vestido,/ ... son los mansos aliados del hombre de la tierra/ de donde vengo, libre, con mi lección de vientos/ y mi carga de pájaros de universales lenguas”. Búsqueda de la identidad a través de la memoria. La metáfora como mecanismo de enlace entre el tiempo presente, y esta, a su vez, como vínculo entre el ser y el mundo. No hay espontaneidad en la obra de Carrera Andrade, esta fluye de un hondo conocimiento de la memoria que reconstruye la identidad. La memoria genera una vivencia colectiva a través del otro. El sujeto lírico que atraviesa su creación es el de un viajero consciente de su fugacidad, pero en tanto ser histórico, intemporal.

Hombre planetario (1959). ¿Hacia dónde peregrina el poeta que cruza ciudades, mares, puertos, continentes, amores, olvidos, ideales?: “... Hacia la nada”, afirma Iván

Carvajal, en su ensayo sobre Carrera Andrade. Abrumado por el enigma del porqué está y es, nos dice: “Camino, mas no avanzo,/ Mis pasos me conducen a la nada/ por una calle, tumba de hojas secas/ o sucesión de puertas condenadas”. No deja salvación alguna, resquicio alguno, por donde abrirnos camino. Pero en otros versos suyos revela: “Mis venas son cuerdas/ de un arpa cósmica/ y mi ser está lleno de conciencia”. Conciencia de él mismo, pero también de la de los demás. Memoria y poesía. Analogación. Memoria: interacción entre el pasado y el presente, y conciliación de estos tiempos. Mirar lo que fue y sigue siendo.

Hay otro eje de la poética de Carrera Andrade. La soledad y la carencia de lenguaje fundan el ensimismamiento del ser humano moderno. Julia Kristeva acierta: “La memoria le da al lenguaje la función de filtro que se siente (*in absentia*) –en ausencia–, mientras que al mismo tiempo se lo marca en ‘presencia’”. Esa presencia marca los sentidos y crea sensaciones en el recuerdo. “Días de arena que hacen sucumbir los relojes,/ –dice el poeta– días en que bajamos peldaños de ceniza,/ en que todos los muros de la casa nos niegan/ y buscamos en vano la puerta de salida”. Otra vez, aunque con más contundencia, la imagen del ser humano moderno cautivo en su laberinto, no como siempre, sino este, el que vivimos, urdido por los paraísos artificiales de una tecnología deshumanizante y de sistemas inéditos en la historia.

Espacio poético que es un espacio-no espacio donde el hablante siente esa dualidad entre ser y querer ser. Ese hombre-mujer de cualquier lugar del mundo que ha perdido “la llave del tesoro” y cae en vértigo, porque no encuentra la puerta de salida. Dilema entre el origen y la forja del juego

metafórico. El poeta, en confabulación con el lenguaje, crea su realidad en lucha perpetua con el mundo exterior, pero, a veces, cae vencido. Pugna de sobrevivencia. Sea en el ámbito lírico o en sus afueras. Atrapado en una malla acaso inexpugnable: el del lenguaje y el mundo exterior del cual es su testigo de cargo.

Carrera Andrade levanta una cruzada de resistencia al *establishment*: industrialización y maquinización: pendor de la deshumanización que vivimos en nuestro presente. La ciencia disuelta por la tecnología. (Yuval Noah Harari, en *21 lecciones para el siglo XXI*, ya nos advierte con argumentos indesmentibles que nos estamos ahogando en este proceso; no es el primero y no se trata de textos superficiales). El tropo de la *ventana*, al cual Carrera Andrade recurre con insistencia, es algo más que un recurso poético, es una actitud de vida, es una predisposición anímica que lo fuerza a ver; pero para ver de verdad hay que comparar lo que se ha visto, y el poeta ecuatoriano vio mucho mundo, y también vio el terrible y fastuoso corazón humano.

“Al relacionar un yo en el pasado y un yo en el presente, la memoria nostálgica juega un papel importante en la reconstrucción de una identidad individual y una identidad colectiva”, nos dice Susanne Vrommen (*La ambigüedad de la nostalgia*). Esa averiguación del ser –denodada y desaforada– de Carrera Andrade encarna el rescate del tiempo perdido, de imbricar el tiempo en el lenguaje. Erranza, extrañamiento, absorción de lo visto, pensado, sentido y vivido. Éxodo y estancia efímeros multiplicados. Vela y feria de ideas, pasiones, escarmientos, exploraciones a fondo de su ser y el de los demás: hombre planetario, absorto en medio

de una voráGINE incesante. “¿Soy solo un rostro, un nombre/ un mecanismo oscuro y misterioso/ que responde a la planta y al lucero?/ ... Soy solo un visitante/ y creo ser el dueño de casa de mi cuerpo,/ nocturna madriguera iluminada/ por un fulgor eterno”.

Sin embargo, en ese enigma sensible y doliente del ser habita el amor. “Amor es más que sabiduría:/ es la resurrección, vida segunda./ El ser que ama revive/ o vive doblemente//”, sustenta; pero él está signado para vagar por la tierra, por las cosas, por su ser y por el de los demás. “Minero del amor –dice– cavo sin tregua/ hasta hallar el filón del infinito...”, no importa que ese infinito sea o no alcanzable. El amor es y está en su búsqueda perpetua. No obstante, “El amor es resumen de la tierra”, y él un caminante infatigable y la tierra su sustento y su fin. Y acaso no hay un solo amor sino amores, ni solo olvido sino olvidos.

La ventana una y otra vez en la poética de Carrera Andrade como un ritornelo matinal pero extenuante. Memoria y regreso a su “lugar de origen”, retorno que, a la vez, le sirve para recuperar su permanencia, tierra donde asentar sus pies de viajero que denunció la defunción del ser humano y de las cosas simples. “Inventor de las máquinas volantes/ quiere el hombre viajar hacia los astros,/ crear satélites celestes/ y disparar cohetes a la luna/ sin haber descifrado el gran enigma/ del oscuro planeta en que vivimos”.

Imagino al poeta detrás de una ventana –pasaje del interior al exterior y viceversa–, heredad heredada, suya y nuestra, escribiendo su *Viaje de regreso*, 1970: “Mi vida fue una geografía –nos dice–/ Que repasé una y otra vez,/ libro de mapas o de sueños,/ En América desperté”. Y en otra

sección: “Me había dormido entre estatuas/ y me hallé solo al despertar./ ¿Dónde están las sombras amables?/ ¿Amé y fui amado de verdad?/ Y esta última: “¿Ceniza mortal este polvo/ que se adhiere aún a mis pies?/ ¿No fueron pueros sino años/ ¿los lugares donde anclé?”

La poética de Jorge Carrera Andrade es la inauguración de un espacio donde la luz de la memoria recupera el pasado y en el cual fulgura el presente y se avizora el porvenir. Su discurso lírico: acto de salvación. Refrigera sapiente y estremecida entre los elementos cotidianos y la conciencia centelleante de un hombre frente a los vertiginosos cambios de una época deshumanizante. El poeta encarna al ciudadano sensible del mundo de un siglo, en el cual se elevó a los altares al dios dinero, las guerras como el más prodigioso negocio y la tecnología desplazó a la ciencia puesta al servicio del hombre.

Imagino al poeta, escindido y expoliado, forastero de un tiempo en el cual se empezaba a erigir una mundialización bárbara, retornando, por lapsos reducidos, a su “lugar de origen”, y buscando cobijo en el vientre de una vasija de barro –su memoria y la de sus antepasados–. Luego, prendido a una ventana –única compañera de su vida–, solo, inerme, despojado, conmoviéndose con la primera raya del alba, sabiendo que nada cambiará afuera, salvo el griterío de una humanidad inaudible, zombis de un mundo vacío. “Tierra de frutas y de tumbas,/ propiedad única del sol:/ Vengo del mundo –¡oh largo sueño!–/ y un mapa se enrolla en mi voz”.



Estanque inefable

(1922)

PASTORAL

Oran recogidos de sueño los pinos
en la paz de vagas lejanías lilas.
Trazan las palomas celestes caminos
sobre el seto, sordo de sonos de esquilas.

Las frívolas niñas juegan en el pozo.
El cubo con líquenes izan a la altura
y es su clara risa trino melodioso
o lírica charla de una fuente pura.

El césped fragante conserva las huellas
de pisadas leves y leves caídas
y el agua del pozo salpica de estrellas
las faldas ligeras, las hierbas floridas.

Claridades de oro sueñan en el cielo.
Extrae el crepúsculo sutiles aromas
de los altos pinos, y en su manso vuelo
al brocal del pozo vienen las palomas.

Trae el aire un débil olor de frambuesa.
Y en tanto huye el alma del lugar herboso
las frívolas niñas con dulce sorpresa
ven temblar la luna al fondo del pozo.

LOS AMIGOS DEL PASEO

Los sauces son buenos amigos
en el paseo solitario:
Tiemblan, recuerdan y son tristes
como almas ante los fracasos.

Pensativos tocan el agua
apenas con sus sombras verdes,
y el corazón va como un pájaro
hacia su tenuidad doliente.

Tienen rumor de pies de seda
sobre el agua atenta a su sueño;
la sombra de Bion los inclina
y oyen su flauta en el recuerdo.

Dan al mal viento olor de flores
y a la vida un sabor bucólico
y en su silencio verde ocultan
las viejas sombras del coloquio.

Y así los sauces me convencen
en el solitario paseo
de que hay un placer dulce y fino
en dar el corazón al viento.

El ciudadano de las gafas azules

(1924)

DAMA DEL SUEÑO

Tu gracia iguala a tu ciencia
de libro y de partitura,
Dama del Sueño, existencia
destinada a la hermosura.

Viajera mental del mundo,
sin cesar llegas y partes
—un país en un segundo—
por los mares de las artes.

Yo quisiera ser pintor
para copiar tu semblante
con el matiz de la flor
la pureza del diamante.

Soy hombre del Nuevo Mundo.
Tú eres el refinamiento
de un país bello y profundo,
Dama del Renacimiento.

Tu mirada matinal
hace renacer las cosas.
Vas con paso musical
de sembradora de rosas.

CANCIÓN DE HOMBRE

Como un báculo de ciego
llevo el cuerpo vagabundo
por el mundo
y nunca llego.

Dan la miel de la alegría
y la harina del dolor
su sabor
a mi pan de cada día.

El cansancio, lecho suave
por la tierra anda buscando...
¡Hallará quien sabe cuándo!
¡Quién sabe!

Y bajo las lunas santas
y con la humildad de un ruego
va el corazón como un ciego
lastimándose las plantas.

Quiere el báculo seguir
por toda la curva tierra...
Ya tendremos que partir.
El párpado ya se cierra.

La carne que habla andará
ya limpia y sin sobresalto.
La noche me gritará:
¡Alto!

Sobre el cerrado portón
llamaré con mano fuerte.
¡Espumará su canción
la marmita de la Muerte!

Microgramas

(1926)

CUATRO MICROGRAMAS DEL MAR

I

Barco en medio del océano,
en vaivén de sur a norte:
pareces querer saltar
la cuerda del horizonte.

II

Azulmarino hospital.
He aquí la toca blanca
y el hábito azul de la mar.

III

Campanita de las aguas,
anuncias a los delfines
la misa de las balandras.

IV

El bote de la ola
lleva un farol de espuma.
Un pez deshace el bote
y se ahoga la luna.

La guirnalda del silencio

(1926)

MUJER DE ESTÍO

Tu cuerpo está hecho de frutas.
Exprimes en la noche un olor a duraznos.

Tu beso va por mi garganta
hasta mi corazón, como el agua de un caño.

Tiembla toda mi piel con tu caricia
como al soplo de Dios las alfalfas de campo.

Eres una bandeja de frutas
puesta todos los días a orilla de mis labios.

El Gallo de la Catedral

(1928)

EL ARCO DE LA REINA

Bajo el Arco de la Reina
pasas, gran flor ambulante,
Alta Doncella

Junco de luna:
Tu nombre es Nunca.

Cien ojos siguen tu cuerpo
y hasta el aire por tocarte
pierde el aliento.

Llama vestida
de seda viva.

El fuego y el agua juntos
ofreces a cada paso:
Suma del Mundo.

De tu cintura
fluye la música.

El sol con sus áureos dedos
te recorre toda entera,
amor de ciego.

Oh Nardo ardiente:
Tu nombre es Siempre.

Cuando pasas, Junco vivo,
bajo el Arco de la Reina
cada piedra es un suspiro.

Boletines de mar y tierra

(1930)

COSTAS DEL DÍA

El pensamiento de los golfos
lo comentaban las velas.
Se habían comido los peces
la luna, gorra marinera.

Con sus alforzas de vidrio
giraba el mar redondo.
Al son de un viento de vitela
cantaban los mástiles sordos.

Llegaban luces nadadoras
desde las costas del día.
Con sus agujas de sal
el aire en el puente cosía.

Dormían las islas ángeles
a las orillas del cielo.
En la canoa de una nube
remaba el sol marinero.

País secreto

(1939)

SOLEDAD Y GAVIOTA

Cuaderno albo del mar,
la gaviota o mensaje
se despliega al volar
en dos hojas de viaje.

Su marítima hermana
la soledad, la mira
y, en una espera vana,
en la costa suspira.

Insectos, vegetales
se enredan en el suelo:
torcidas iniciales
de un subterráneo anhelo.

Aquí, en el centro, vivo
con las aves marinas,
de mí mismo cautivo,
compañero de ruinas,

y mirando y oyendo
sólo la lluvia armada
la soledad batiendo
con su líquida espada.

Lugar de origen

(1945-1947)

EL VIAJE INFINITO

Todos los seres viajan
de distinta manera hacia su Dios:
La raíz baja a pie por peldaños de agua.
Las hojas con suspiros aparejan la nube.
Los pájaros se sirven de sus alas
para alcanzar la zona de las eternas luces.

El lento mineral con invisibles pasos
recorre las etapas de un círculo infinito
que en el polvo comienza y termina en el astro
y al polvo otra vez vuelve
recordando al pasar, más bien soñando
sus vidas sucesivas y sus muertes.

El pez habla a su Dios en la burbuja
que es un trino en el agua,
grito de ángel caído, privado de sus plumas.
El hombre sólo tiene la palabra
para buscar la luz
o viajar al país sin ecos de la nada.

Vocación terrena

(1972)

VOCACIÓN TERRENA

No he venido a burlarme de este mundo.
Sino a amar con pasión todos los seres.
No he venido a burlarme de los hombres.
Sino a vivir con ellos la aventura terrestre.

No he venido a hablar mal de los insectos
a descubrir las llagas del ocaso
a encarcelar la luz en una jaula.
No he venido a sembrar de sal los campos.

No he venido a decir que la jirafa
quiere imitar al cisne, que los pinos
sirven sólo de adorno entre las rocas.
No he venido a burlarme de los nidos.

He venido a mirar el mundo hasta la entraña
y acariciar las cosas simplemente
único patrimonio de los hombres.
No he venido a burlarme de la muerte.

La visita del amor

(1957)

EL HIELO FLORECIDO

Me encontré con tu cuerpo
en mi noche polar
¡oh luminoso témpano!
El hielo florecido
hizo arder el espacio,
la tierra, el infinito.
Mujer: pueblas el mundo.
Suma de fuentes, aves
y escondites de musgo.
Eres mi oculta granja
donde recorro, avaro, mis riquezas:
tus talones de plata
y tus piernas de oro,
la piedra ardiente que suspira y gime,
y en las breves redomas de tus ojos
esos dos pececillos
que se nutren de luz
y sucumben ahítos.

El lenguaje de César Vallejo

César Vallejo fue un intérprete de la angustia del hombre contemporáneo, asediado por todos los peligros de sociedad fundada en la usurpación del poder político y económico. La trayectoria de Vallejo comenzó en *Los heraldos negros*, libro de poesía directa, amarga, llena de alusiones a la vida cotidiana y a las costumbres de indios y mestizos de su tierra natal. En la evocación de cosas y personajes locales, el poeta acierta con el matiz típico: la “alegre procesión de luces”, el arriero “fabulosamente vidriado de sudor”, el “Romeo rural”, “la carreta que lleva una emoción de ayuno”, el suertero que vende los billetes de lotería y que contiene no sé qué “fondo de Dios”.

Tiempo después, en una celda donde estuvo encarcelado por su actividad política, Vallejo escribió los poemas de su segundo libro, *Trilce*, en un lenguaje enigmático, en cuyos peldaños inicia su ascensión a la esfera de la poesía trascendental. No obstante su actitud de insurgencia permanente contra las injusticias sociales y la solidaridad con las clases oprimidas, el poeta no consintió en introducir en su poesía los fáciles elementos del proselitismo político. En un artículo que publicó en 1928 –recogido después en su libro *Literatura y arte*– decía: “cuando Haya de la Torre me subraya la necesidad de que los artistas ayuden con sus obras a la propaganda revolucionaria en América, le repito que, en mi calidad genérica de hombre, encuentro su exigencia de gran giro político y simpatizo sinceramente con ella, pero en mi calidad de artista no acepto ninguna

consigna a propósito propio o extraño que aun respaldándose de la mejor buena intención, someta mi libertad estética al servicio de tal o propaganda política”.

Era la época en que se difundía por los países sudamericanos la doctrina de la incorporación del indio a la vida nacional. En las regiones de numerosa población india aparecieron los poetas indigenistas. En el Perú y Bolivia se llegó al extremo de dar cabida en el poema a locuciones en lengua quechua, lo que circunscribió la poesía a ámbitos limitados dentro de la misma clase social que se pretendía redimir.

Vallejo llevó hasta el grado más alto al despojamiento verbal, sometiendo el lenguaje a leyes personales; hasta crear un mundo lingüístico diferente del acostumbrado. ¿Ese lenguaje fue fruto de una lesión traumática, originada por la miseria desesperada de su existir, o fue, como dice el profesor Monguió, una “rebelión expresiva” producida por la insurgencia del poeta ante la injusticia social? No se ha encontrado aún la respuesta explicativa del fenómeno. En todo caso, si sor Juana Inés de la Cruz fue una mártir del lenguaje”, en el plano del contenido de la poesía vallejana, esplenden las virtudes de Hispanoamérica: el sentimiento intenso de lo humano, la pasión por la justicia, la solidaridad con los que sufren, el amor a las cosas, el ejercicio de la amistad. El primero de estos sentimientos, que se tradujo en amor a la familia, en los libros iniciales de Vallejo, gradualmente se transforma en amor a todos los oprimidos del mundo que, al desaparecer los seres queridos, forman la inmensa familia del poeta.

Durante toda su vida atormentada, Vallejo llevó consigo su aldea natal, desolada y polvorienta, cuya imagen descarnada

y ascética, desprovista de color y evocadora de la muerte, se refleja en su obra.

A Vallejo “le dolía en sus huesos la arcilla viejísima de la cordillera” y los riscos y guijarros andinos se copiaban en su lenguaje pedregoso. Sus expresiones son algo incoherentes, desarticuladas, pero llenas de elocuencia conmovedora. Es un lenguaje que se podría llamar “visceral”.

29 de junio 1978

Evocación de Gabriela Mistral

Un aspecto del espíritu hispanoamericano es la ternura como fervor casi religioso, según aparece en la poesía de Gabriela Mistral. Pese a su seudónimo ítalo-provenzal y a sus influencias de la Biblia, su obra es una de las más dotadas de sabor americano. Alto ejemplo es su poema *Sol del Trópico*, en que al astro diurno le llama “Quetzalcóatl, padre de oficios –de la casta de ojo de almendrado– moedor de añiles y cañas-tejedor de algodón cándido”. Otro ejemplo es *El Nocturno*, en el cual se revela una conciencia doliente, sin sarcasmo, amargura ni violencia, pero de una desolación absoluta, aunque al mismo tiempo inclinada a sentimientos tiernos de protección a los seres débiles. En Gabriela Mistral, la elevación mística le impedía el abastecimiento en la tiniebla. El poema es casi una plegaria, pero también una reconvención humana y patética, no muy ortodoxa:

“Padre nuestro que estás en los cielos
¡por qué te has olvidado de mí!
Te acordaste del fruto en febrero
al llagarse su pulpa rubí.
¡Llevo abierto también mi costado
y no quieres mirar hacia mí!

La composición de este poema es un acierto, aún en lo que se refiere a la terminación de los versos pares con la vocal aguda *i*, lo que produce una armonía imitativa o la alteración de un gemido, lanzado en el clímax del dolor. La autora se lamenta de haber sido olvidada, pero no para recibir un galardón sino un castigo. Con la inclemencia de febrero se produjo una herida en el fruto rubicundo. “Llevo abierto también mi costado –dice Gabriela– y no quieres mirar hacia mí”. Imagen cristiana, el costado abierto es símbolo universal del dolor moral o psíquico. Gabriela pide ser castigada y recibir su ración dolorosa que sería una muestra del amor de Dios. Porque en el camino teresiano, el dolor es signo de la predilección divina. El lenguaje le ayuda a la autora de *Tala* a conquistar la originalidad. Gabriela Mistral forjó un instrumento estilístico propio mediante la supresión de lo superfluo así como la eliminación de las palabras suntuosas, musicales o decorativas.

Entre una palabra suave y una expresión áspera escogía la segunda. Su menosprecio de todo ornamento, tanto en la creación literaria como en la vida, era una manifestación de su humildad, profundamente arraigada en su ser. La gran escritora chilena acostumbraba “castigar el poema” suprimiendo las locuciones hermosas y sustituyéndolas por

locuciones duras y desaliñadas. Es decir que vestía al poema de un tosco sayal o le ceñía la penitencia de un cilicio, como una práctica de su austeridad franciscana.

Es ejemplar la historia de esa mujer que supo elevarse a las alturas del conocimiento y a las esferas de la suprema armonía, cuyos signos pueden percibir únicamente los espíritus escogidos.

Nacida en el interior de Chile, en el valle de Elqui, tierra amorosamente estrechada por los brazos retorcidos de las vides, Lucila Godoy Alcayata –descendiente de una madre de origen vasco que imprimiría en su carácter el sello de un carácter indomable– sintió despertarse muy pronto la vocación poética. En las horas que le dejaba libre la escuela rural, la joven maestra leía cuantos libros llegaban de Europa y escribía unos poemas conmovedores de amor humano, cuya desnudez sin precedentes en la lírica sudamericana le obligaría a calzarlos con el coturno exótico de un pseudónimo para ofrecerlos a los ojos del mundo literario.

2 de julio de 1978

Maestría verbal de Olmedo

Los críticos de Olmedo no han examinado la obra poética olmediana desde el punto de vista del lenguaje. Olmedo fue un maestro en la cincelación de la palabra y en la justeza de los términos escogidos para realzar el sentido del poema. En toda la literatura hispanoamericana no se encuentra una alteración o armonía imitativa que llegue a

superar la nuestro poeta épico en el *Canto a Bolívar*, en cuyas dos primeras líneas se vale ocho veces de la letra “r” para dar la impresión de gran estrépito: “El trueno horrendo que en fragor revienta y sordo retumbando se dilata”.

La maestría verbal de Olmedo es innegable. Numerosos aciertos enriquecen sus poemas especialmente sus cantos épicos. Su conocimiento del lenguaje y también del idioma inglés se puede comprobar en la traducción del poema *Ensayo sobre el hombre* del poeta Alexander Pope. Ha hecho bien la Casa de la Cultura en incluir esa traducción, como las de Horacio y otros más en la *Obra Poética* que se puede decir completa, que publica en la *Colección Básica de Escritores Ecuatorianos*. El prologuista Galo René Pérez –eminente crítico cuyo renombre se ha extendido con justicia en los últimos tiempos– hace el análisis imparcial y elevado de toda la poesía olmediana y coincide con los escritores españoles que sostienen la superioridad del *Canto a Miñarica* sobre el *Canto a Bolívar*, aunque anota a renglón seguido “salvo la interioridad de la materia porque no hay una gran epopeya sin una figura digna de ella”. Nosotros añadimos: como igualmente es deleznable el poema épico que intenta inmortalizar un hecho de menor trascendencia.

La poesía de Olmedo es un jardín de estatuas clásicas. No evoca en ningún momento algún aspecto de la vida en las regiones ecuatoriales. La justeza de los epítetos que escoge el poeta le dan a su obra cierta frialdad no exenta de grandeza.

La poesía neoclásica no abunda en metáforas, Olmedo las tiene pocas pero son de auténtica valía poética, como

aquella de la piña “tronco piramidal y alta corona - la piña ostenta el cetro de Pomona”. O sea de los males y los dolores humanos “soldados que militan bajo el pendón Sombrío de la muerte”.

El cantor de Bolívar gozaba de prestigio entre los escritores de la época. En especial hay que anotar los nombres de los españoles Martínez de la Rosa, José Joaquín de Mora –quien publicó un análisis crítico de la poesía de Olmedo en Londres– Palacio Valdez y varios otros. Sobre todo, el pensador Andrés Bello profesaba un verdadero afecto al poeta ecuatoriano, como lo confiesa en su *Carta de un americano a otro* –epístola en verso– “Caro Olmedo, no puedo vivir destituido de tu dulce amistad”.

George Corser imprimió una nueva edición del *Canto de Olmedo* en Caracas. La editorial Rojas Hnos. hizo otra edición del poema. Andrés Bello publicó un estudio crítico de notable profundidad. El mundo literario inglés aplaudió sin reservas la aparición del primer poema épico de América independiente.

11 de febrero de 1978

La temática sobre la Casa de la Cultura hay que esposarla con la visión del maestro Benjamín Carrión: Casa autónoma, protagonista y nacional. Uno de los presidentes que guió su accionar bajo esta filosofía fue Marco Antonio Rodríguez, quien enfatizó una política de esplendor en las letras y las artes. E incorporó a los Núcleos a la vivencia cultural de la Matriz rompiendo el centralismo y el olvido. Núcleos que, en su momento, aceptaron el reto y se adhirieron al naciente y publicitado Sistema Nacional de Cultura –hoy enfermo de alzhéimer– y a la idea integradora y novedosa de las Redes Nacionales.

En esta dimensión el Núcleo de Imbabura ha implementado su labor rompiendo barreras provinciales desde hace mucho tiempo, y hoy rinde homenaje a un gran ecuatoriano, el poeta y diplomático Jorge Carrera Andrade, a sus cuarenta años de fallecimiento. Dueño de una lírica andina que exalta y descubre la fertilidad de la tierra americana, de donde emergen la belleza, la identidad y la libertad.

Claude Couffon (1926-2013), vate francés y profesor de la Sorbona, exclamó sobre él: 'Silueta de gigante de los Andes con la que vestía su solitaria timidez'. Y nadie más apropiado para honrar a este intelectual universal que Marco Antonio Rodríguez, con su voz autorizada.

Marcelo Valdospinos Rubio
Expresidente de la CCE-NI

La CCE, sembrando la buena semilla de la patria

Colección 
TAHUANDO 268

www.casadela cultura.gob.ec 2019